

El pintor Guillermo Silva

Escribe: JORGE MORENO CLAVIJO

En el Primer Salón de Artistas Colombianos, hace ya dos décadas, había en uno de los rincones un cuadro de colores violentos que representaba un velero fondeado en la bahía de Cartagena. Lo firmaba un joven desconocido: Guillermo Silva Santamaría. Era un estudiante largo y desgarbado, de sonrisa sana y jovial, que seguía muy de cerca los pasos de su maestro, el francés Pierre Daguet. De pronto lo vimos con un maletín visitando los consultorios de los médicos y dedicado a establecer contactos con el mundo de la medicina. Pero de tarde en tarde aparecía con sus óleos en las muestras colectivas, mostrando los paisajes sabaneros, los alrededores de las poblaciones de tierra caliente y los personajes típicos que en sus andanzas encontraba.

Un día fue a París, donde vivió casi dos años. A su regreso abrió una exposición en las antiguas galerías de arte de la Avenida Jiménez, con unas telas que remedaban bastante el estilo único y atormentado de Van Gogh. Su éxito no fue muy significativo y, eso lo obligó a buscar otros caminos. En unas vacaciones de la empresa farmacéutica fue hasta el Perú y visitó devotamente Machu Pichu, la ciudad perdida de los incas. El impacto fue tremendo: se volvió un pintor abstracto. Un abstracto geométrico que dedicó un año entero a la elaboración de una serie que mostró en ceremonia especial inaugurativa de una nueva galería de arte en la calle 23. La acogida que el nuevo giro encontró en la crítica y en los compradores, lo impulsó a dejar el maletín con las muestras médicas y a dedicarse de lleno, arrostrando todas las consecuencias, a la pintura.

Se hizo trotamundos. México fue su primera escala. Allá se dedicó al grabado, con esfuerzo tesonero y devoción ejemplar, regresando un tanto discretamente al figurativismo. Hizo taller y formó una serie de discípulos con los que viajaba por los pueblos haciendo exposiciones. **El hombre contra el hombre** se llamó un libro gráfico de tremenda intención social, que editaron las prensas aztecas con la firma del joven colombiano que en esas planchas, a punta seca, lanzaba un yo acuso contra las instituciones que mantienen en todas las latitudes sojuzgada la humana rebeldía. Señalaba los convencionalismos que obligan a marchar por senderos pre-

concebidos a todo el mundo y contra los que es a veces inútil luchar. Todo eso fue aplaudido en la prensa mexicana y coreado por el grupo inconforme que en tan afirmativo país está formado por los jóvenes pintores y escultores de izquierda.

Silva, ya trazado su camino, siguió con la misma sonrisa de los años iniciales, tocado con una barba que le pone más edad y dispuesto a recorrer el mundo entero. De nuevo fue a Europa y en París, Londres, Madrid, Lisboa, ha expuesto sus grabados en las galerías principales. El arte, lo mejor para comprender un pueblo y conocer su alma, ha sido el guía envidiable de Silva. El sésamo ábrete en todos sus caminos, porque habla un lenguaje plástico que todo el mundo entiende y la barrera que supone la diferencia de idiomas, automáticamente deja de existir. Las técnicas contemporáneas contribuyen enormemente a la comunicación entre gentes que hablan distintos idiomas.

El puente más corto entre dos pueblos, el vínculo más estrecho está formado por las obras de arte. Silva ha sido un embajador excelente. Gracias a él, a sus exposiciones y conferencias, el nombre de Colombia ha sonado en círculos europeos, donde no llegan nuestras costosas delegaciones que con frecuencia salen del país. Sus monos, exhibidos en ambientes formados por culturas añejas, con procedimientos de desenvolvimiento cultural diferentes a los nuestros, y las charlas que les dicen de estas tierras remotas, nuevas y plenas de riquezas y posibilidades, de olor exótico, han permitido la formación de una idea, no por débil menos importante, de nosotros. El público que invade con conocimiento de causa las galerías, traba conocimiento con las obras expuestas y en esa forma se prolonga la vida de las realizaciones artísticas.

Ahora, en Estocolmo, hace una nueva exposición. Pero hoy es la escultura su giro de expresión. Esculturas en hierro y materiales diversos, donde la forma cobra especiales características y el espacio juega papel preponderante. No son de gran tamaño, porque el transporte de un país a otro no le sería fácil. Apenas el suficiente para comunicar sus inquietudes y para que los elementos de que se vale rindan el máximo de posibilidades. Su tierra colombiana, el alma de América aflora en cada uno de sus grupos, vibra en las distorsiones del aluminio, los cortes en la madera, los arabescos del alambre. En las manos del angustiado y vagabundo bogotano, del artista infatigable, los muñecos que ofrece en museos y galerías del mundo cobran un valor que apenas aprecian los compatriotas que han tenido la oportunidad de verlos y que nosotros aquí desconocemos. Pero lo que a Silva Santamaría le importa es continuar su tarea de creador plástico, de conferenciante que habla a gentes extrañas de una tierra tropical y espléndida, donde visten la prenda que él lleva con orgullo: la ruana.